

PROLEGÓMENOS PARA UNA SEMIÓTICA DEL DISCURSO NARRATIVO-LITERARIO

0. LA SEMIÓTICA Y SUS LÍMITES

En un ensayo, agudísimo y complejo, Garroni realiza un re-conocimiento —en cuanto esto significa análisis crítico positivo, examen cuidadoso— de la semiótica. Tarea que el mencionado profesor toma muy en serio, no por nada cultiva la semiótica desde hace quince años: “La semiótica es una cosa seria naturalmente. Pero eso no excluye en absoluto e incluso sería más bien raro lo contrario que presente aspectos oscuros, dudosos, francamente inaceptables, tanto desde un punto de vista, teórico, como desde un punto de vista aplicativo” (Garroni, 1979: 7). Por ello, nos dice que se hace indispensable una crítica de su estatuto para legitimar sus pretensiones fundadas, así como para señalar sus límites. Esta situación de poner en el banquillo de los acusados a la semiótica —para hablar metafóricamente, es decir, peligrosamente en un discurso teórico— fue prevista por el propio Greimas en su fundamental estudio, *Sémantique structurale*, cuando postuló la existencia de una metateoría semántica (semiótica) capaz de examinar el aparato metateórico desde una perspectiva epistemológica que dicha disciplina pone en marcha o postula. En el parecer de Greimas, sin esta disciplina epistemológica el valor de la ciencia semiótica sería puesto en peligro pues carecería de la capacidad de autorreflexión (y autocorrección) sobre sus presupuestos y fundamentos.

El título mismo de la primera “lección” de Garroni, “¿La semiótica es suficiente a sí misma?”, parece bastante provocador, si no escandaloso, en los marcos de un análisis crítico; por ello, se apresura a aclarar su sentido:

La pregunta que hace de título de esta lección sería del todo ilegítima si fuera entendida en sentido totalizante. En este

sentido, en efecto, es claro que ninguna ciencia es —ni puede ser— suficiente a sí misma, porque toda ciencia se basa —y no puede no basarse— en ciertos presupuestos que deben considerarse primitivos [...] Lo que está en cuestión aquí es un problema más limitado y más realista: si sus presupuestos son de veras tan ‘universalmente’ aceptados que puedan considerarse ‘primitivos’, y por tanto capaces de cimentar la semiótica como ciencia (p. 13).

No le es difícil anunciar, al profesor Garroni, que en la semiótica es muy intenso todavía el trabajo sobre sus presupuestos.

Para Garroni uno de estos presupuestos es el concepto mismo de signo, pues la semiótica es definida, casi unánimemente, como “una teoría de los signos”. (En esto estarían de acuerdo, entre otros, Martinet, Dubois, Guiraud, entre los lingüistas; Max Bense y Elisabeth Walther, entre los lógicos, quienes definen esta disciplina, en su guía alfabética, del siguiente modo: “La semiótica o doctrina de los signos, teoría de los signos, semiología, semasiología (pasigrafía) etcétera, es la doctrina general de los signos, formando una importante disciplina de la filosofía en relación con la lógica y la ontología del conocimiento desde Platón” (1975: 143). Ahora bien, dado que nada es signo por sí mismo y que un signo es tal en cuanto funciona como signo, es decir en cuanto tiene significado, Garroni centra en este punto sus observaciones. Con respecto al problema del significado, Garroni distingue tres teorías principales: 1) el referencialismo lógico de Frege al primer Wittgenstein, que reduce el significado a la referencia (objeto); 2) el pensamiento de Peirce y su escuela, quienes definen el significado como interpretante; y 3) la lingüística estructural (que va de Saussure a Hjelmslev), para la cual el significado es un valor o también una relación formativa, condición de la significación.

La postura referencialista es demasiado débil y primaria y corresponde a una concepción reductora del lenguaje (mera actitud nominalista), por completo superada por los mismos lógicos, por el segundo Wittgenstein sobre todo. La

teoría de Peirce extiende indebidamente el interpretante —que bien puede ser mantenido en relación al signo— al sentido emotivo; lo que no es muy acertado, pues no es en absoluto universalmente aceptado que una emoción o acción incluyan lo que las ha producido o motivado. De este modo, la pretensión del interpretante se ve reducida a sus justos límites, lo mismo que el universalismo de la semiótica. La tercera postura es analizada con mayor cuidado por Garroni, a la cual observa finalmente lo siguiente: (Para el estructuralismo de Saussure-Hjelmslev) *“si el significado es condición de la significación, se refiere a algo a condicionar e informar. Sólo que este algo ya no es el significado objeto ni el equivalente objetivo prelingüístico del significado lingüístico: es simplemente un algo, una “sustancia” (Saussure), o, mejor, una “materia” (Hjelmslev) indeterminada, susceptible de ser formada y estructurada lingüísticamente. En este sentido tenemos ahora la segunda cara de la definición: el “significado diferencial” es en realidad un “significado-condición”, y éste es un “significado formativo” respecto a una “materia” indeterminada (p. 31); a lo que añade: “Un examen, incluso sumario, de esta tercera línea teórica muestra que no puede reaparecer el problema del algo o, mejor, el problema de las condiciones (y de su estatuto) por las cuales un algo se convierte en signo, es decir al mismo tiempo significante y significado. Tales condiciones no parecen ser inmediatamente lingüísticas, dado que más bien hacen posible en general el mismo lenguaje y por lo tanto la construcción de sistemas lingüísticos clasificatorios. Pero, si no son inmediatamente lingüísticas deben ser —sin ambigüedad— condiciones intelectuales, es decir precisamente a priori” (p. 34. Los subrayados pertenecen al autor).*

No es difícil ver, por una parte, que si extendemos el concepto de significado (signo) en el sentido estructuralista al elemento fundamental de la semiótica general —en sentido amplio y no restringido como extensión de la lingüística— suponemos como básica (en cuanto elemento primario y constituyente) la estructura lingüística (forma/materia) en sistemas no lingüísticos: arquitectura, cine, por

ejemplo, lo que nos llevaría a utilizar este concepto en forma tan amplia e indistinta que daría la impresión de haberse convertido, en el mejor de los casos, en una metáfora, cuyo verdadero y exacto contenido se hace problemático.¹ Por otra parte, bajo este concepto se oculta una hipótesis fecunda aunque en forma latente, que es la que precisamente explicita el teórico italiano —hipótesis relacionada con la tradición kantiana y puesta nuevamente en vigencia por Piaget en vía genética y por Chomski en vía lingüística: la del *a priori* trascendental (no una hipótesis de algo predeterminado, de una *cosa en sí*), de raíz y consistencia intelectual. Esto apuntaría al verdadero meollo del problema: “El problema de una fundación metateórica se refiere no sólo a la semiótica como tal, sino también a la lingüística. Y el punto central consiste en esto: que se trata de plantear —obviamente fuera de límite tanto de la lingüística como de la semiótica— no ya simplemente el problema del ‘significado del algo en cuanto algo’; es decir del algo en cuanto constituido frente a condiciones que no son todavía lingüísticas. Condiciones más profundas que llamamos intelectuales, no ya descriptibles en su disposición clasificatoria, siempre susceptible de cambio, sino en su necesidad y universalidad, vale decir: en su ser ‘condiciones *a priori*’ (Ibid., p. 35).²

Este algo, este *a priori* funcional da el sustento operativo para la reformulación de los demás sistemas en el lenguaje, en la medida en que esto sea posible.

¹ Esta observación, en marco lingüístico, no invalidaría la hipótesis de Hjelmslev, sino que la reforzaría al situarla precisamente dentro de sus límites lingüísticos. Lo que hace de la teoría estructuralista un modelo restringido a la explicación de la lengua o del lenguaje en sentido estricto, y sólo metafóricamente extendido a otras formas de comunicación y/o estructuración del sentido.

² Garroni utiliza lo más fructífero y rico conceptualmente de la tradición filosófica kantiana y postkantiana que librada del peso idealista y en una perspectiva antropológico-materialista, cara a la semiótica de la cultura, puede ser asimilada a un planteamiento más rico en consecuencias y más acertado, creemos, sobre la condición humana, de su universo cultural integrado por las series del lenguaje, del arte y del universo político-social, entre otros. Obviamente estas condiciones *a priori* no son nada fuera del universo cultural humano y de la constitución de ese universo por obra del hacer humano.

Ahora bien, la reformulación (tan alegremente supuesta o propuesta incluso por Barthes), encuentra también aquí, en la hipótesis de ese algo anterior a la formación significativa del lenguaje, un límite que creemos infranqueable. Pues, el suponer un algo antes de su convergencia (asimilación) a un significado, un algo más general y primario en cuanto necesario aunque sólo sea lógicamente, lleva como contrapartida la hipótesis de que esta confluencia al significado lingüístico no es exhaustiva; es decir que, en ciertos elementos, la asimilación o el empleo de este algo podrá ser realizado por vía no lingüística (o semiótico-lingüística, si se quiere). En otras palabras que el trabajo sobre este algo no siempre da como resultado su apropiación por una lengua. Es decir que, fuera del sistema lingüístico de significación es posible suponer otros sistemas de trabajo del sentido que no sean totalmente asimilables a una lengua; lo que, si bien, por una parte, corta las alas a todo despegue "imperialista" de la lingüística, por otra, no quiere decir que no tengan estos sistemas una correlación con el lenguaje: "La pintura ciertamente no es lenguaje al modo del lenguaje en sentido estricto, pero seguramente tiene con el lenguaje correlaciones importantes, no sólo porque nace en atmósfera lingüística y es también a su modo portadora de significados reformulables lingüísticamente, sino también porque su estructura, ciertos procedimientos específicos suyos, se modelan por razones no exteriores sobre la estructura y los procedimientos del lenguaje; así como en otro aspecto la poesía toma de operaciones no lingüísticas características importantes, que constituyen en general lo que entendemos por "especificidad" de la poesía" (Garroni, 1979; 41).

Estos sistemas, al nacer en "atmósfera lingüística", pueden ser reformulables en el sistema lingüístico, aunque esta reformulación no es total pues se halla sujeta a ciertas condiciones que Garroni resume en este criterio central: "En virtud del criterio de reformulación podemos circunscribir y delimitar en primera instancia —si no definir propiamente el objeto de la lingüística en sentido amplio, como la clase de fenómenos culturales (de mensajes), constituida

por subconjuntos dependientes cada uno de ciertas condiciones formativas (de "códigos"), tales que cada fenómeno de cada subconjunto admite siempre una reformulación (una traducción) satisfactoria, es decir suficientemente aproximada, en uno o más fenómenos de otros subconjuntos y quizá en particular en todos los subconjuntos que llamamos lenguas en sentido estricto" (*Ibid.*, p. 43).

Este criterio de la reformulación permite, como lo dice explícitamente, delimitar el objeto de la lingüística —y, por lo tanto de una semiótica lingüística— que sería capaz de ocuparse de los subconjuntos "reformulables" en códigos lingüísticos; aunque esta reformulación, al no ser exhaustiva (hay elementos de un sistema que no podrán ser traducidos a los códigos de la lengua), señala además los límites de la lingüística, y de la pretensión barthiana —nunca desarrollada por lo demás en una explicación teórica más amplia y coherente— de postular la lingüística como una ciencia general que abarcaría incluso la semiótica.

También podemos establecer, gracias al criterio de reformulación, la dominante de esta operación: la codificación, la "traducción" de los elementos de un sistema a los códigos lingüísticos. Ahora bien, como se presentan en los sistemas no lingüísticos elementos no codificados es decir, elementos —convencionales o no, constrictivos o no— que no se instituyen para una comunicación, no tienen una "apariencia simbólica ni una relación intersistemática (característica de un código en cuanto código), sino simplemente como factores de coherencia interna (textual, si se quiere), obviamente su traducción a un sistema de códigos es en cierta medida (es decir, cuando esto "parece" posible) una especie de traición a su naturaleza o función primaria para la cual fueron instituidos.

En fin, el criterio de reformulación señala nuevamente, refuerza es mejor decir, ese estrato común del que hablamos antes, que fungiría en este caso como una especie de fuente común en el traspaso de subconjuntos, y de base en el "calibrar" el valor mismo de este traspaso (de esta codificación de elementos que no son códigos). Ahora, ya estaríamos en condiciones de postular la existencia de un nivel

más amplio que el del significado lingüístico, que sería el del *sentido*; Garroni lo caracteriza como aquéllo de lo cual decimos, es decir el contexto implícito; mientras que el significado sería lo que decimos, es decir el contexto explícito.³

No queremos que se interprete el sentido como algo más allá de nuestra actividad (operación humana) que nos sería dado en o por un mundo ideal (de puras formas): es precisamente el mundo como conjunto de las operaciones humanas, del hacer humano. Sentido que serviría de base, además, para la diferencia entre operación y lenguaje. Una diferencia que no es, en suma, "puramente teórica o material e intuitiva: no depende de un paradigma especulativo y en ese sentido inaceptablemente metafísico, del cual no se ven aplicaciones posibles, y tampoco del buen sentido del lenguaje común, por el cual tendríamos por un lado algo que entendemos inmediatamente como 'decir', 'hablar de', 'reconocer', 'representar *apertis verbis*' o en suma 'teoría', y por el otro, algo que inmediatamente entendemos como 'hacer', 'operar', 'manipular', 'actuar' o en suma 'práctica'. Ya el criterio de reformulación permite, en primera instancia, poner orden en nuestras observaciones, sin prejuzgar una organización cognoscitiva de ellas ni en un sentido ni en otro, y predisponerlas, por lo tanto, a una reflexión verdaderamente científica. Ya aquí nos damos cuenta de que no es significativa una consideración homogénea de lenguaje y operación, de que no tiene significado —precisamente partiendo del significado— decir por ejemplo que una operación es reformulable lingüísticamente. Nada de una operación en cuanto tal —cualquiera que sea y prescindiendo de sus valencias simbólicas y de sus correlaciones con la esfera del lenguaje— puede trasponerse en lenguaje en el sentido de su reformulación o traducción. 'Decir' una opera-

³ Con el concepto de código ocurre, últimamente al menos, una especie de hinchazón (inflación) semántica que unas veces lo asimila al signo y otras a la simple convención. Este uso metafórico de código sólo puede perjudicar como lo hizo, y todavía lo hace, el concepto de signo a la investigación rigurosa: así como no todo es signo en el lenguaje, tampoco todo en él es código.

ción cualquiera, incluso de fuerte elemento metaoperativo, no significa de ninguna manera ejecutarla en forma distinta pero equivalente. Si el significado, pasado de un código a otro, subsiste como *ese* significado (al menos con suficiente aproximación), nada del objetivo (real, posible o 'ausente') puede transferirse a un significado, subsistiendo como *ese* objetivo. La transferencia, mejor dicho, se produce, pero con un sustancial cambio de estatuto: es decir con una explicitación y transformación de un objetivo, o sentido, en un significado, de algo implícito en algo explícito" (Garroni, 1979: 84).

Ahora bien, con respecto a la operación (u operatividad) misma —al menos en horizonte humano—, no se presenta nunca como una simple adaptación por contigüidad respecto a un objeto-objetivo, como se da el caso en los primates que "emplean" un pedazo de madera como "extensión" de su brazo, por ejemplo; sino como una institución deliberada de una variable operativa que se presenta como especificable en muchas operaciones concretas en el ámbito de una clase abierta, percibida como tal. Así: 'clavar este clavo', para el hombre, supone 'clavar clavos en general', "es decir un comportamiento operativo —metaoperativo con respecto a aquél— orientado hacia la fabricación de instrumentos y la determinación de variables operativas; y el 'clavar en general' supone ulteriormente el 'operar en general con miras a posibles variables operativas', es decir un comportamiento específicamente metaoperativo. En suma, cualquier operación humana —aun la más estrechamente finalizada, que a primera vista puede ser confundida con un simple comportamiento adaptativo por contigüidad respecto a un objetivo-objeto supone una generalización fundamental que garantiza su posibilidad y especificidad" (Garroni, 1979: 100).

1. LA SEMIÓTICA LITERARIA Y LA SEMIÓTICA NARRATIVA

La hipótesis de la metaoperatividad como característica humana de toda operación, funda el despegue que el hom-

bre logra con respecto a ciertos sistemas operativos al tomarlos como material de una operación constructiva posterior. En esta dimensión metaoperativa se fundan todas las artes. Y ella consiste, en parte, en la suspensión del objetivo inmediato de la operación (o del sistema operativo tomado como material) y en la sustitución por una justificación social no práctica, sino simbólica de la operación. “Los llamados ‘lenguajes artísticos’ son operaciones (o manifestaciones lingüísticas operativizadas) de dominante metaoperativa, el índice de la artísticidad estando pues representado precisamente por una especificación empírica de la dominante metaoperativa” (Garroni, 1979: 111).

En las artes literarias (poesía y narración) se presenta esta operación constructiva con respecto a la lengua que se presta, está “disponible”, como material para el ejercicio metaoperativo de la poesía y de la narración. El estudio de esta actividad metaoperativa y de su producto, el texto artístico, nos llevaría a la descripción de los indicios metaoperativos existentes en ella (marcados a nivel de la expresión o de las convenciones operativas), a la definición de ciertos códigos y subcódigos, descripción de convenciones más o menos establecidas (normas) y a sus violaciones intencionales, etcétera; en suma, a la descripción y explicación de la estructuración del sentido. De este modo, esta disciplina ‘semiótica’ se alinearía en la definición de la misma dada por Greimas que señala así otra dirección de investigación que el de cierta semiótica “estructuralista”.

La estructuración del sentido, tanto en la poesía como en la narrativa corresponde a una segunda instancia que supone la operación primaria de la lengua; por eso estamos de acuerdo en el fondo con la teoría de Lotman que habla de sistemas modelizantes secundarios: el arte literario correspondería a una operativización “secundaria” o derivada, que gracias a procedimientos sistemáticos revierte el sistema signifiante primario que es la lengua en el universo del sentido para hacerlo emerger, en el sistema secundario (artístico), re-cargado de valores que no se reducen a los lingüísticos —aunque los suponen como una instancia dialéctica superior supone la inferior—, es decir, a los sig-

nos (significados) y códigos lingüísticos, sino que crean, instauran sus propios valores simbólicos. Esta manipulación, si se acepta este término libre de sus connotaciones negativas, que del lenguaje hace la poesía (o la narrativa) es posible, dijimos, gracias a la disposición del lenguaje mismo, disposición que le viene de su naturaleza: "El lenguaje propiamente dicho, el que de hecho conocemos y utilizamos, es una organización de un material no originariamente lingüístico, por ejemplo de sonidos o grafismos, transportables en realizaciones de formas o grafemas. Se presta por lo tanto a ser manipulado también de modo no lingüístico, con la imposición de ciertas restricciones y la funcionalización de ciertas diferencias materiales no pertinentes desde el punto de vista lingüístico, etcétera. El lenguaje efectivo es, en otras palabras, también algo material: es 'objetos', 'cosas', o, mejor, cierto 'modo de manipular las cosas', es decir, operación. Y precisamente cuando el aspecto operativo del lenguaje efectivo pasa al primer plano (en el caso típico del verso, de la rima, de la aliteración, etcétera), decimos hallarnos ante un fenómeno de operativización del lenguaje, a través de modalidades y con resultados también esta vez analizables de diversos modos: por ejemplo, como intensificación operativa del significado, como su ambigüización, o bien como su desaparición o casi-desaparición" (Garroni, 1979: 109).

Lamentablemente, no podemos por ahora sacar todas las consecuencias teóricas de esto, al menos con respecto a la teoría poética, la semiótica poética y el análisis poético.

En la narrativa —cuento, noveleta, novela— la situación se nos presenta un poco diferente, quizás un poco más compleja al establecerse aquí un triple manipuleo: el del lenguaje, en primer lugar (en esto sería "parecida" a la poesía, aunque sin esta dominante, por supuesto); el de los programas de acciones (sistemas más o menos convencionalmente establecidos por la cultura de una sociedad determinada), en segundo lugar (en esto semejante a la historia —como discurso— y a la crónica aunque obviamente bajo dominantes); y, finalmente, el de la pragmática discursiva (las

convenciones o reglas de las relaciones entre los niveles de enunciación y enunciado).

No es difícil ver que la narración literaria tiene en común con el discurso poético la actitud metaoperativa con respecto a la lengua: un discurso narrativo maneja como material de la expresión una lengua: frases, periodos, etcétera. En este aspecto creemos que una lingüística puede ser y es decisiva en cuanto ofrece los elementos teórico-prácticos para el análisis de esta instancia metaoperativa. Sin embargo, la reducción del relato literario a la instancia lingüística es muy limitante puesto que aquél, el relato literario, al menos el conocido hasta ahora incluyendo las narraciones que disuelven la fábula en una especie de cajas chinas de meras acciones sin mayor relación que la contigüidad —o la “envoltura” en el detalle—, como la novela *Topología de una ciudad fantasma* de Robbe-Grillet, todo relato literario se presenta, decimos, además como una utilización, manipulación, de los programas de acciones, convencionalmente organizados por la cultura social en papeles accionales: todo relato literario es, en suma, una historia de alguien o un esbozo o una sugerencia de una historia posible o virtual. De este modo, el relato literario se presenta como una metaoperación de las acciones o las series accionales que nos ofrece un sistema sociocultural determinado. Si no tenemos en cuenta esta segunda instancia meta-operativa corremos el riesgo de abstraer del relato su aspecto más excitante, al menos para el lector de ciertos géneros, de ciertos legítimos géneros narrativos. Aunque, obviamente tampoco podemos olvidarnos de que las acciones que operan en el relato son funciones interrelacionadas entre sí y con los elementos de otros niveles: son acciones-símbolos, que pierden el objetivo inmediato de la vida diaria para constituirse en elementos literarios, narrativos en substancia, en relación con otros elementos literarios. A estas dos instancias constructivas —separadas aquí por razones metodológicas y teóricas— se añade una tercera, tan importante como las anteriores: la manipulación operativa, metaoperativa, de los elementos discursivos. Si bien, como lo veremos luego, el relato literario no es propiamente un discurso en el sentido que Benveniste

da a este término, es un simulacro de discurso, un simulacro consciente de serlo, convencionalmente instituido como tal; de ahí que aproveche los factores pragmático-discursivos (relaciones del emisor con el receptor, de la enunciación con el enunciado, etcétera) como materiales de su actividad metaoperativa. Esta es la tercera instancia metaoperativa del relato literario.

La descripción de los indicios metaoperativos —apenas esbozados arriba por nosotros— señalan una dirección de investigación que, lo creemos sinceramente, puede dar algunos frutos importantes que podrían llevarnos a una definición operativa del texto narrativo no muy alejada de lo que persigue, por distintos senderos, Walter Mignolo cuando dice que “una definición operativa de la literatura no hay que buscarla en las propiedades esenciales (estructura óptica) o específicas (literariedad) del objeto, sino en las interacciones entre, por un lado, un conjunto de estímulos verbales y, por otro, un sistema de valores localizados en los “ejecutores” de este sistema: quienes escriben, quienes leen, quienes interpretan” (Mignolo, 1978: 47).⁴

⁴ Algunos semióticos no comparten la “revisión” —o la exigencia de una revisión al modo de Garroni— por una disciplina metasemiótica, tal es el caso de Chabrol: “Examinar la ciencia semiótica significa, en primer lugar, aprehender que ella no habla tanto del texto o de otras prácticas, sino sobre todo de ella misma a través de un texto-pretexto, comprender que en ella sólo puede darse el mundo o el texto bajo la forma de un objeto puro del pensamiento (la única forma plenamente inteligible). Todo lo que desarrolla para establecer su fundamento-principio de pertinencia, hipótesis de una teoría que permita producir modelos para interpretarlos sobre una región textual de verificación, procedimiento deductivo que incluya momentos inductivos, disolución de la singularidad en lo universal más o menos especificado (grados de universalidad), cumplimiento de la estructuración y de la invención en la estructura o el estructurante con la construcción de matrices hipotéticas de combinaciones significantes o de meta-modelos, todo este conjunto de categorías-postulados que no puede no plantear (que sea positivo o no), no puede justificarlo. Ninguna meta-semiótica, ninguna meta-lógica, ninguna teoría totalizante puede establecer un acabamiento, un término, y por tanto una justificación. En ese momento, todos los razonamientos aparecerán circulares: darán un principio como evidente y adquirido y deducirán la necesidad correlativa de otros (y de este modo recomenzarán

2. EL DISCURSO NARRATIVO Y SU CARACTERIZACIÓN SEMIÓTICA

Benveniste, en una decisiva contribución a la lingüística abre todo un nuevo continente a los estudios lingüísticos y semióticos: la investigación de la unidad mayor a la frase, el discurso. En este ensayo, distingue muy escuetamente dos sistemas distintos y complementarios que manifiestan dos planos diferentes de enunciación: la historia y el discurso (cfr. Benveniste, 1966, pp. 238-243). La historia representa el grado cero de la enunciación: en la historia todo pasa como si ningún objeto hablara, los sucesos o acontecimientos se cuentan por sí mismos; el discurso, al contrario, se caracteriza por una enunciación que supone un sujeto locutor (emisor) y un sujeto auditor (receptor); el sujeto locutor manifiesta, además, su voluntad de influir, de algún modo sobre el sujeto auditor. Así, se caracterizan como opuestos la narración impersonal o historia y los mensajes (orales o escritos) en los cuales un sujeto se enuncia como locutor, se dirige a un locutor y organiza su mensaje según la categoría de la persona, marcada por los embragues (*shifters*) yo-tú.

En otra oportunidad (Prada, 1981) discutimos más ampliamente el problema: entonces nos referimos sobre todo a la revisión que de esta teoría hace Simonin-Grumbach. Ahora quisiéramos resumir esa interpretación.

Simonin-Grumbach empieza ubicando el aporte de Benveniste en un marco teórico más amplio, el de su contexto implícito, para usar terminología de los párrafos anteriores: la distinción de Benveniste de los planos de la enunciación (discurso/historia) implica dos prácticas diferentes del uso

por cada uno). Como lo afirma Lacan: "la ciencia se presenta definida por la salida del esfuerzo que hace para situar el sujeto de la ciencia". En efecto, ella no puede evaluar sus postulados fundadores, del mismo modo como fracasa, por definición, al evaluarse a sí misma. Esta tarea le concierne al filósofo activo, atento a la práctica subversiva (siempre momentánea) de la escritura y del discurso en vías de hacerse y que tendrá que intentar de juntar esos dos versantes de una misma tarea (Chabrol, 1973: 27). Aunque, como se ve, Chabrol no incluye en el fundamento la teoría del signo y del significado.

de la lengua. De este modo, "la significación del lenguaje resulta de la articulación de dos órdenes de significancia: el orden semiótico, es decir, de la lengua como sistema de signos; y el orden semántico, es decir, de la enunciación, del discurso, el cual a su vez descansaría sobre la capacidad del lenguaje para servir de intérprete de otros sistemas semióticos" (Simonin-Grumbach, 1975: 85). Este último aspecto se relaciona con una semiótica más amplia que la de corte lingüístico al referirse al funcionamiento del discurso y ya no simplemente a una teoría del signo o de la estructura de un sistema de significación (lengua): se trata de una pragmática que, obviamente, abre las puertas a la comunicación (cooperación) interdisciplinaria; la situación discursiva implica una convención social, una situación antropológica, psicológica, una "manipulación" ideológica, también, del discurso; lo que implica que su estudio no pudiera ser abordado exhaustivamente sin la colaboración de las disciplinas especializadas en el estudio de estas series de la cultura humana.

En esta teoría tienen lugar central las relaciones entre enunciado y enunciación pues de ellas depende —en cierta medida— la semantización de la lengua, ya semiotizada anteriormente como sistema significante. Estas relaciones señalan, además diversas prácticas discursivas que, de algún modo, se hallan marcadas en el discurso mismo gracias a los embragues (*shifters*) o que se hallan "instituidas" por convenciones pragmático-sociales que inciden, como dijimos, en la semantización del discurso. De este modo —y esto para enmarcar lo que vamos diciendo en lo que ya dijimos en párrafos anteriores— la lengua será tomada en algunos casos (poesía, narración popular, narración literaria) como el material cargado ya de sentido gracias a una operación previa, y que es manipulado por otras prácticas metaoperativas para conferirle diferentes valores, de acuerdo, precisamente, a sus manipulaciones.

Volvamos a la distinción discurso-historia hecha por Benveniste: discurso es un texto que comparte embragues (*shifters*), es decir, elementos de conexión con las instancias de enunciación; mientras que historia, sería un texto sin *shif-*

ters. Esta aclaración merece el siguiente comentario de Simonin-Grumbach: "Parece seguro, a primera vista que todos los textos son, sea de tipo 'discurso' (base: presente, primera y segunda persona), sea del tipo 'historia' (base: pasado simple, tercera persona). Sin embargo, algunos textos plantean problemas: los que son construidos por la combinación —en principio excluida en la distinción de Benveniste— ya sea de la tercera persona (la no persona) y el presente, ya sea de la primera persona y el pasado simple. Es necesario reformular la hipótesis de Benveniste en términos un poco diferentes; por ello propongo llamar "discurso" a los textos en los cuales se presenta una marcación con respecto a la situación de enunciación (= Sit \mathcal{E}), e "historia", los textos en los cuales el indicio no se efectúa con relación a Sit \mathcal{E} sino con relación al mismo texto. En este último caso hablaré de "situación de enunciado" (= Sit E). Ya no se trata de la presencia o ausencia de *shifters* en la superficie (nivel superficial), sino del hecho que las determinaciones renvían a una situación de enunciación (extralingüística) en un caso, mientras que, en el otro relacionan con el texto mismo" (*Ibid.*, p. 87).

Creemos que la observación y corrección a la teoría del discurso y la historia en relación con los embragues, hechas por Simonin-Grumbach son pertinentes y nos permiten avanzar con mayor rigor y detalle en el análisis de la naturaleza de ambos sistemas, así como enfrentar formas diferentes de empleo de la lengua como son los discursos políticos, narrativo, poético, etcétera, los cuales usan embragues aunque en funciones distintas y en relación a instancias también distintas.

No queremos abundar en detalles, algunos importantes como la distinción entre discurso oral y escrito. Nos es suficiente señalar que el discurso escrito verbalizará con mayor precisión las relaciones con la Sit \mathcal{E} , así como los elementos y las instancias descuidadas en el oral (al no ser necesarias en éste por la inmediatez de la Sit \mathcal{E}).

Ahora bien, la Sit \mathcal{E} encuentra su correspondencia en Sit E (virtual o explícita) en relación al menos a tres elementos: S = sujeto que hace uso de la palabra (yo — tú), E =

tiempo en que el S hace uso de la palabra y $e =$ el espacio en el cual se ubican yo — tú en el momento del uso de la palabra. Por tanto, una correspondencia total entre Sit $\mathcal{E} =$ Sit E a estos tres elementos; consecuentemente, la diferencia se hallará también sujeta a estos tres elementos.

El discurso narrativo literario no se refiere propiamente a una Sit \mathcal{E} extratextual (con S personal, Z en relación efectiva con respecto al uso actual de la palabra), aunque sí se refiere —y muchas veces explícitamente— a una Sit que pretende ser similar a la Sit \mathcal{E} y que de alguna manera, además, se halla verbalizada en las instancias del discurso, estableciendo entonces una relación supuesta (“mimética”) entre Sit E y una Sit \mathcal{E} . Ahora bien, esta relación se presenta marcada en el mismo texto, lo que le aproximaría a la definición de historia dada por Simonin-Grumbach. Prestemos atención a una observación muy interesante de Simonin Grumbach con respecto a la historia: “Según Benveniste, la enunciación histórica [...] caracteriza el relato de sucesos pasados. ¿En qué medida se puede hablar de pasado a propósito de la historia? Hablando con propiedad sólo hay pasado con relación a un presente, definido como $T = \tau$. En un texto que no tenga ninguna forma de presente con valor $T = \mathcal{E}$ y ninguna de primera y segunda persona con el valor de S [...], un pasado simple o imperfecto, no puede ser interpretado como pasado sino únicamente como T, el único tiempo (*time*), es el tiempo de los sucesos enunciados. En la medida en que esos sucesos son considerados como reales, sólo pueden ser pasados (en el caso de la historia, en el sentido limitativo del término, por ejemplo); pero en la literatura de ficción, no es precisamente el caso. Es significativo comprobar que las novelas de anticipación se hallan habitualmente escritas en ‘tiempo pasado’” (*ibid.*, p. 93).

Lo que hace objetivo —al menos en apariencia— a un mensaje del tipo historia es esta ausencia de relación con la Sit \mathcal{E} . Todo lo contrario ocurre con el discurso, como ya lo vimos, mensaje subjetivo por esencia, que siempre debe ser asumido por una persona desde una situación circunscrita en el tiempo y en el espacio, en un aquí y en un ahora.

Si examinamos el elemento T de la historia, vemos que

lógicamente la ausencia de un tiempo central de referencia con respecto a la Sit \mathcal{E} , es decir de un presente "real", obliga al mensaje a codificar su propio sistema de los hechos sucesivos en relación a un elemento que podríamos llamar de "cronología interna". En esta organización cronológica se puede privilegiar un acontecimiento que resultaría central (que bien puede estar desplegado en una secuencia narrativa) y que haría las veces del presente del discurso; la serie de los acontecimientos anteriores se presentarían como retrospectivos (analepsis) y los posteriores como prospectivos (prolepsis). Aunque tanto el acontecimiento central como los eventos anteriores y posteriores, son del pasado: los hechos se cuentan cuando han pasado efectivamente, por más que no refieran directa y explícitamente al tiempo de la enunciación (τ). Esta convención mínima tiene una repercusión inmediata, en la narración literaria que se presenta, en gran parte, como una historia: relato de acontecimientos pasados, aunque ficticios; de ahí la tendencia (convencional) de utilizar el pasado como forma verbal dominante.

Precisemos, si es posible, lo anterior. Si el tiempo base del discurso es el presente —marcado en el enunciado en su relación a la Sit \mathcal{E} —, en la historia el tiempo base es el pasado, que bien pudiera no estar marcado o no estar codificado de una sola forma: el valor del tiempo de la historia se establece en relación con el recorrido diegético mismo que involucra instancias centrales, retrospectivas (analepsis) y propectivas (prolepsis).

La narración literaria puede presentar su discurso (texto) mimetizándolo ya sea con el tipo discurso (narrador explícito, marcado por un yo que hace uso de la palabra, cuenta lo sucedido), ya sea con el tipo historia (narrador implícito: ausencia de un yo, tercera persona); por ello, el repertorio temporal del que hecha mano participa de ambas fuentes, aunque constituya un tipo de discurso particular que, en realidad, no puede ser asimilado o, mejor, identificado ni con el uno ni con el otro: no debe ser identificado con el discurso escrito, aun en los momentos en que adopta su forma de expresión, por la sencilla razón de que, con pro-

piedad, no se puede establecer una relación Sit E — Sit \mathcal{E} pues esta relación no existe en sentido estricto; al menos, si tomamos a Sit \mathcal{E} en el sentido propio: un yo personal transmite un mensaje a un tú también personal y capaz de réplica, en un aquí y un ahora; en otras palabras, el discurso narrativo no puede ser asumido por un sujeto personal o no puede ser referido a una situación extratextual que señale la instancia de la enunciación. Además no es tan seguro que el discurso narrativo literario sea un mensaje en función comunicativa en primer lugar, ni que todos sus elementos sean por ello códigos o semicódigos. Todo esto tiene directa influencia en cuanto a la constitución del valor T y del valor espacio en la narración literaria, como en cuanto a la suspensión del valor referencial inmediato y la suspensión de la subordinación del mensaje a un criterio de verdad. Sin embargo, en el discurso narrativo tampoco se trata de una historia en el sentido riguroso del término pues el texto narrativo se caracteriza, sobre todo, por representar un simulacro verbalizado y codificado de la Sit \mathcal{E} : la historia como una parte integrante del discurso narrativo literario es asumida por un pseudoemisor y un pseudorreceptor centro de una situación particular, siguiendo reglas de juego más o menos precisas. De este modo, la narración literaria estaría constituida precisamente por la confluencia de esos dos elementos o instancias —semejantes aunque no idénticos a la historia y al discurso: una historia o diégesis (para emplear un término caro a Genette), en la cual los hechos se cuentan y que puede ser rigurosamente reconstruida por el análisis, según la tradición que va desde Propp a Bremond y Genette; y, otra instancia, tan importante como la anterior y que es en realidad extradiegética (mímesis de la Sit \mathcal{E}). Por ello, en el discurso narrativo literario encontraremos una instancia de historia (en la cual los *shifters* relacionan elementos internos) como relación de hechos, más o menos dramatizados, y una instancia que relaciona la historia a los elementos extradiegéticos, implícita o explícitamente, como constituyentes de la situación de la emisión de la instancia anterior: un sujeto emisor (narrador) y un sujeto receptor (narratario), etcétera. Si el análisis puede jus-

tificar la separación de estas instancias como recurso metodológico, la comprensión y la interpretación exige la integración de ambas en una unidad estructural.

El hecho de ignorar esta dicotomía dialéctica (ya postulada por Genette, aunque desde otra perspectiva, como la polaridad mimesis-diégesis) hace que investigadores de la talla de Simonin-Grumbach asimilen, sin más, la narración literaria a la historia, algunas veces, o al discurso, otras; error que le lleva a confundir, entre otras cosas, al autor con el narrador, sin percibir que la narración literaria no se halla propiamente relacionada con una Sit \mathcal{E} exterior al texto (lo que no quiere decir que no se halle relacionado a un universo semántico exterior, que es otra cosa y conlleva otros problemas teóricos y postulados epistemológicos que tratamos de esbozar, superficialmente, en el párrafo 0, inicial de este ensayo), situación que es la del autor, el cual vive en un aquí y un ahora, cosa que no resulta con el narrador, intemporal y espacial en el sentido de la Sit \mathcal{E} . No queremos terminar este párrafo sin hacer una referencia rapidísima a otra dirección de la investigación, que nos parece sumamente fecunda en este problema que estamos esbozando aquí: la teoría de K. Hamburger y Sige-Yuki Kuroda. Ambos parten de una crítica a la teoría comunicacional de la narración y la caracterización "puramente negativa" que Benveniste, según Kuroda sobre todo, hace de la historia. Luego afirman que el relato de ficción es de otra naturaleza y de otra estructura categorial que el enunciado discursivo (el discurso, según Benveniste). Ahora bien, este postulado, según estos autores, se basa en que la narración literaria presenta ciertas particularidades lingüísticas, entre las que mencionan: la utilización de verbos que designan procesos internos en tercera persona, el estilo indirecto libre (que en este discurso se utiliza con mayor propiedad "lógica" y mayor "naturalidad" que en el discurso histórico), la pérdida del valor "pasado" del pretérito del "relato" con la posibilidad —no la necesidad— de que las formas verbales se relacionen con los adverbios deícticos de tiempo, en especial los que indican el futuro. (Para examinar con detalle esta teoría, consúltese Kuroda, 1975 y Prada, 1981.)

3. LOS NIVELES DEL TEXTO NARRATIVO

Una de las conquistas científicas más importantes tanto para el análisis lingüístico en sentido estricto como para el semiótico de los sistemas no lingüísticos, es la hipótesis de los niveles de la estructuración del sentido.

Esta hipótesis se muestra particularmente productiva en la semiótica narrativa propuesta por Greimas y su escuela (en especial Courtés). Esta escuela ha trabajado con particular interés las unidades y relaciones del plano del contenido que se hallaría dividido en dos niveles:

morfología sintaxis

plano del nivel superficial: sememas -- modelo actancial
 contenido nivel profundo: semas — modelo constitucional.

El nivel superficial —de organización narrativa— sería un verdadero nivel intermedio entre el lógico del nivel profundo y el discursivo del plano de la expresión. Este nivel intermedio se caracteriza por organizar narrativamente los elementos lógicos del nivel profundo, gracias al modelo actancial; el modelo actancial presenta una primera “dramatización de la estructura del sentido al revestirlo (invertirlo) en los seis actantes: sujeto-objeto, remitente-destinatario y ayudante-oponente, y en las funciones que estos realizan. El revestimiento actancial manifiesta una antropomorfización primaria del sentido que se hace más precisa en el revestimiento de los actores y la realización de los papeles actoriales que corresponden a verdaderos programas narrativos, que imponen recorridos narrativos en cuanto la narración puede seguirlos más o menos fielmente o, en cambio, instaurar una modificación en el programa que señalará un conflicto o ruptura más o menos seria.

“El plano de la manifestación (expresión) correspondería al discurso como unidad total. En este nivel entran en juego los niveles posteriores del revestimiento como son los personajes (y sus configuraciones), los códigos y los valores

ideológicos, así como las configuraciones topológicas y descriptivas que condensan el texto narrativo de una manera particular.

“No hay que olvidar que esta estructura del relato literario es un postulado hipotético que, como modelo, explica la estructuración del sentido; pero que no es una realidad (esencia o naturaleza) en sí; tampoco hay que pensar que la explicación del sentido se logra exhaustivamente en la descripción del nivel profundo, sino, en todo caso, en la integración de este nivel con el nivel de la expresión. Aunque aquí queremos manifestar un reparo que creemos pertinente: en el análisis no se debe olvidar que nos enfrentamos con un individuo —la obra, el texto— que, por tanto, es, por su naturaleza misma, inabordable en su totalidad por métodos científicos, siempre abstractos y parciales. A lo sumo, un análisis semiótico que no descuide la integración de los dos planos, realizará una descripción posible (plausible) del texto, la misma que podrá explicar —en el mejor de los casos— la estructuración del sentido en una instancia particular: la de la aplicación del modelo, y no sólo en los casos de las novelas ‘logradas’, más ‘importantes’ y más ‘inquietantes’, la verdadera estructura explicativa de un texto narrativo debe buscarse no en una presunta estructura profunda y, mucho menos, solamente en una estructura más superficial, sino más bien en la relación dinámica que se instituye entre los estratos superficiales y estratos profundos, por lo cual no es posible en ocasiones ni siquiera establecer un sistema de invariante fijo *ad hoc*, consistiendo en cambio tal sistema en la interacción entre los unos y los otros. Lo cual significa en particular que los propios modelos comunes [...] no son en absoluto algo no esencial, sino más bien momentos de una organización y, por lo tanto, de una interpretación de conjunto, que es preciso tener en cuenta al nivel apropiado, sin subestimarlos ni sobreestimarlos” (Garroni, 1979, p. 153).

Antes de terminar este párrafo —que se quiere apenas informativo— queremos también señalar que el modelo presentado por Greimas y sus discípulos, si bien parece ya ha-

ber logrado una cierta claridad —al menos funcional— en cuanto al plano del contenido, no presenta la misma riqueza analítica en cuanto al plano de la expresión o discursivo; aquí, el trabajo está haciéndose, y, así como, en el nivel de las acciones Bremond ofrece un aporte decisivo, en este plano es indispensable atender a los últimos trabajos de Barthes que enfrentan al texto, de una manera un poco desenvuelta y nada estricta, es cierto, pero que tienen el mérito de haber intuido allí el desarrollo del sentido. En este renglón serán decisivas las investigaciones sobre los códigos (iniciadas por el propio Barthes aunque en forma demasiado arbitraria y apresurada), sobre las configuraciones descriptivas del personaje y los lugares así como sobre las configuraciones ideológicas.

4. DISCURSO Y TRANSDISCURSO

Para terminar esta exposición sobre algunos elementos del estudio de la semiótica narrativa y de la práctica del análisis semiótico, queremos recordar la distinción fundamental establecida por Garroni entre sentido y significado como base epistemológica para reforzar lo que afirmamos en el párrafo anterior sobre el límite de la descripción y del análisis semiótico: la verdadera recuperación (o interpretación) del sentido sólo es posible si se tiene en cuenta la dialéctica permanente entre el sustrato prediscursivo (dado por la cultura y las convenciones sociales que hacen funcionar el discurso en cuanto tal, el sentido) y el discurso que emerge de él y vuelve a él, en cada lectura, como a su fuente de semiotización y semantización permanente, el significado. El discurso narrativo no sólo tiene en cuenta esto al reproducirlo como uno de sus materiales constructivos, sino que lo supone siempre al hablar de algo que no es él mismo y que los críticos intuitivamente, y muchas veces acertadamente, lo concebían al ligarlo con la sociedad, la concepción del mundo del autor, la vida del autor; en suma, lo transdiscursivo —el contexto marcado de algún modo en el

texto por aquello que se llamaba "imágenes", "temas", "atmósferas", etcétera.

RENATO PRADA OROPEZA

Universidad Veracruzana

BIBLIOGRAFÍA

- BENSE, MAX y WALTER, ELIZABETH, *La Semiótica. Guía Alfabética*. Barcelona, Anagrama, 1975.
- BENVENISTE, ÉMILE, "Les relations de temps dans le verbe français", en *Problèmes de linguistique générale*. París, Gallimard, 1966.
- COURTÉS, JOSEPH, *Introduction à la sémiotique narrative et discursive*. París, Hachette, 1976.
- GARRONI, EMILIO, *Re-conocimiento de la semiótica*. Tres lecciones. México, Concepto, 1979.
- KURODA, SIGE-YUKI, "Sur les fondements de la théorie de la narration", en *Langue, discours, société*. París, Seuil, 1975.
- MIGNOLO, WALTER, *Elementos para una teoría del texto literario*. Barcelona, Crítica, 1978.
- PRADA, RENATO, "El discurso narrativo-literario", en *Semiosis*, núm. 6, 1981.
- SIMONIN-GRUMBACH, JENNY, "Pour une typologie des discours", en *Langue, discours, société*. París, Seuil, 1975.